

La Lectura



Popular

¿LA RELIGION?..... PARA EL PUEBLO

(CUADRO VIVO)

Como ha terminado la legislatura, el respetable Mr. Grandcadet, diputado por las Dos Garonas, toma el tren rápido—*gratis* por su puesto,—y provisto de su tarjeta de libre circulacion, va á pulsar la opinion pública en la capital de su distrito.

Cómodamente sentado en un ángulo del coche, desdobra Mr. Grandcadet un inmenso periódico de la tarde, un periódico ministerial, escrito en una prosa triste cuya tipografía tiene algo de grave y puritano.

El episodio del Panamá—*insignificante* como es notorio y con tanta malevolencia exagerado por los enemigos de la República—se halla desdeñosamente relegado á la tercera plana y todo cuanto á él se refiere está impreso en letra del *siete*, casi ilegible.

En cambio, las columnas del austero órgano están llenas de política extranjera y de artículos de *palpitante interés*, que empiezan en estos términos: «Andan mal los asuntos de Venezuela», ó bien en estos otros: «Están contados los días del ministerio Tricoupis».

Para darse tono ante el caballero de blancos bigotes de coronel retirado, que sentado en frente lee *La Cosarde*, Mr. Grandcadet no aparta los ojos del periódico oficioso y afecta entusiasmarse con la crisis helénica y con los últimos telegramas de Caracas. Pero, en realidad, Mr. Grandcadet está muy sobresaltado á causa de los últimos sucesos y se halla sumamente inquieto.

Su nombre no ha sido pronunciado todavía. No ha firmado ni escrito nada; pero en los tiempos que corren ¿quién puede responder de que el día menos pensado no se vea comprometido gravemente? Por que, sea como quiera, lo cierto es que, como algunos de sus colegas, ha cobrado también su alboroque, por más que lo haya hecho sin creer que cometiese una mala acción.

Juzguen ustedes mismos el caso. Mr. Grandcadet no tenía opinion propia sobre

el aumento de capital del Panamá y vacilaba acerca de la conducta que debía observar.

Un hombre importante, un rico banquero á quien solía encontrar en los círculos políticos y con quien estaba en las mejores relaciones—casi un amigo—le abre los ojos y le convence de que es oportuno—¿qué digo oportuno? patriótico—el votar en pro de la emisión. Aquel hombre, que sabe vivir y que es un perfecto *caballero*, le pronone—en los términos más delicados del mundo—asociarle á las operaciones financieras que se preparan, y le asegura y paga por adelantado—á fin de calmar sus escrúpulos—una ganancia, no exagerada en verdad, una miserable cantidad que asciende á veinticinco mil francos. Cualquiera habría aceptado, lo mismo que Mr. Grandcadet.

Y á se que van ustedes á decirme: «¿Y los suscriptores del Panamá?» «¿Y la fortuna de tanto padre de familia; de tantos infelices?» Pero razonemos con calma. En caso de un resultado favorable, nada hubieran dicho, toda vez que habrían colocado bien sus capitales. Y, además, ¿podía sospechar Grandcadet que no llegase á abrirse el famoso Canal? Por otra parte, infinidad de veces había realizado algunos beneficios—¡una bicoca!—en negocios del mismo género, que habian prosperado, sin que nadie se quejara.

Pues bien; con la mano en la conciencia, Grandcadet no se echaba nada en cara ni creía en aquella explosion de la indignación pública. Todo aquello era ficción y había que reconocer en aquel despecho de encargo un complot de los antiguos partidos y la mano del conde de París y de los boulangieristas.

¡Bien claro lo había dicho el presidente del Consejo! Mas por fortuna estaba allí Grandcadet para constituirse en defensor de la República amenazada, hasta con peligro de su vida en caso necesario.

Nadie le hubiera creído capaz de ello; pero ¿cuando se le subía la mosca á las narices!... se sentía con fuerzas para hacerse matar en una barricada y exclamar, imitando á Baudin: «¡Venid á ver cómo se muere... por veinticinco mil francos!» Sin embargo, á pesar de todos estos ra-

zonamientos, el diputado por las Dos Garonas no estaba satisfecho.

—¡Si pudiera descansar un rato!—dijo para sí.

Entonces ocultó la calva en su gorra de viaje, se envolvió las piernas en la manta, se tendió en el asiento y se durmió profundamente.

Pero á los pocos instantes sufrió una pesadilla horrible.

Parecía que entraba en su casa, que abría su caja de caudales, y que en el sitio donde estaba la gran cartera de piel verde que contenía todos sus valores, no había más que una media de lana completamente vacía.

Después, que era trasladado bruscamente á la Cámara de Diputados; y que estaba solo en un banco, en la sala desierta y apenas iluminada por un resplandor crepuscular y que allí solo se veía un enorme sombrero, colocado sobre la mesa del presidente.

Grandcadet lo miraba con terror, cuando de pronto, el formidable sombrero empieza á lanzar infinidad de papeletas, en las que el pobre diputado lee el nombre de su adversario en las últimas elecciones. Pero de repente dóblase el sombrero como un *clak*, bájase el techo, estrechánse las paredes, y Grandcadet, en el colmo de la sorpresa y del horror, se encuentra ante un tribunal, entre dos gendarmes, reconociendo en las personas del presidente y de los dos asesores, á su portero, á su peluquero y á su ama de llaves de París, arruinados los tres en el negocio del Panamá, que le condenan á dorar á su costa la torre Eiffel, en el término de seis meses, y á ser después empalado en el pararrayos del edificio.

Al rayar el alba despertóse sobresaltado Mr. Grandcadet, y frotándose los ojos, reconoció las viñas de su patria electoral.

Entonces respiró: había sido un sueño.

—Disipemos—dijo para sí— estos tristes augurios. Estoy entre mis electores, de quienes estoy seguro, no hay ni un sólo socialista. Además, nadie conoce la historia de mis veinticinco mil francos. ¡Valor!

Un carruaje esperaba ya en la estación al diputado, á quien le pareció de muy

buen agüero la perfecta tranquilidad que reinaba en su ciudad natal.

Cuando llegó á su casa, su criada Teresa, á la que previamente había avisado, le sirvió un tazón de café con leche y mientras el diputado lo saboreaba voluptuosamente, díjole la campesina:

—Sr. Grandcadet, tengo que confesarle á usted una cosa desagradable.

—¿Qué?

—Ante todo, sepa usted que voy á casarme...

—¿Con Pedro, el guarnicionero de enfrente? ¡Ya lo sabía!...

—Sí, señor; pero es el caso que para ello he tenido que ir á confesarme y decir al señor cura lo que he hecho contra usted.

—¿Contra mí?

—Perdóneme usted, señor—exclamó la muchacha echándose á llorar.—Hace dos años que le robo á usted algunas cantidades... y habiéndoselo dicho al señor cura, me ha mandado que devuelva á usted cuanto le he cogido indebidamente. Ahí tiene usted su dinero..... hasta el último céntimo...

Y la infeliz criatura sacó de su bolsillo su mano llena de monedas y las dejó sobre la mesa de su amo.

—¿Cómo! ¿Me robabas?—murmuró Mr. Grandcadet sorprendido é indignado á un tiempo.

—¡Por piedad, señor, no me pierda usted y guárdeme el secreto que le confío!

—¡Está bien! Déjame en paz.

Y una vez solo, Mr. Grandcadet se puso á reflexionar.

No vayan ustedes á figurarse que se le ocurrió la idea de restituir sus veinticinco mil francos de propina, que consideraba como un beneficio legítimamente adquirido. No. Ante la acción de aquella pobre mujer á quien el cura había recordado el catecismo, solo le asaltó á Mr. Grandcadet un pensamiento propio de un sociólogo, de un hombre de Estado.

Meditó un instante, y embolsándose el dinero que le había entregado Teresa, el fogoso librepensador, el que había votado todas las leyes anticlericales, murmuró entre dientes:

—¡Digan lo que quieran, hay necesidad de una religión para el pueblo!

Al anterior cuento de Francisco Coope adaptado á "LA LECTURA POPULAR," con ligerísimas modificaciones, conviene añadirle algo.

Habéis oído muchas veces queridísimos lectores repetir esta misma frase: la religión es necesaria para el pueblo.

¿Pero porqué es necesaria? ¿Por que infunde al pueblo respeto á la ley amor á la justicia y el espíritu de sacrificio que es necesario para cumplir los más penosos deberes?

Muy bien: ¿pero acaso es solo el pueblo el llamado á ser justo, honrado y virtuoso? ¿Acaso los que hoy gobiernan el mundo no tienen idéntica obligación?

Saquemos del fondo de este cuentecillo todas sus consecuencias.

Si en el mundo *superior*, (el de las altas capas sociales,) se cumplieran los mandamientos de la ley de Dios, es decir, si hubiera religion, no hubiéramos llegado á la presente agonía social.

Se perora mucho y se legisla mucho pero se adelanta poco. ¿Por qué? Porque todo el mundo dice lo que Grandcadet; "la religion es buena para el pueblo,"; pero de ahí nadie pasa.

Y.... claro, resulta que la justicia no parece ni por la casa propia ni por la agena.

Religion se necesita, es verdad para que el criado no nos robe y el anarquista no nos mate; pero tambien se necesita para que el agiotista no nos arruine y el político no nos explote.

La incredulidad que corrompe al pueblo y le empuja á la anarquía es la misma que corrompe á las clases ilustradas y las empuja al egoismo.

Porque si la religion no es respetada por los altos ¿cómo ha de serlo por los bajos?

"Sin religion no se puede vivir," gritan ya muchos liberales.

Pero si es así ¡oh inconsecuentes! ¿por qué sosteneis esas leyes de enseñanza que permiten borrar á Dios de la cabeza de la juventud? ¿por qué consentis esa prensa que combate la Religion en sus cimientos?

"Es necesario que el pueblo tenga religion,"

Convenido; pero si no empezais por tenerla vosotros, ¿cómo quereis que la tenga el pueblo?

¡Ah, Grandcadets del mundo liberal! ¡anzad una ojeada á nuestro derredor, contemplad las ruinas que nos rodean; ruinas en la política; ruinas en la administracion; ruinas en el ejercito; ruinas en la industria, en el comercio, en la agricultura hasta en las artes.

Pues ¿sabeis de donde proceden?

De que todos decís lo que Grandcadet; "se necesita una religion para el pueblo," y no pensais que los que más la necesitan sois vosotros.

Todos repetís lo mismo: «justicia y no por mi casa» y resulta que la justicia no

parece ni por la casa vuestra ni por la agena.

Y.... claro está: donde no hay justicia ¿que ha de haber?

Anarquía y barbarie.

ADOLFO CLAVARANA.

PENSAMIENTO

El dolor abre los ojos; el loco por la pena es cuerdo; cuando un pueblo lo mismo que un individuo pervierte sus caminos, Dios, sin menoscabo de su libertad, le compele á marchar hacia la luz fustigándole con el látigo del dolor.

Así se esplican las infinitas miserias que hoy nos rodean y el que estas crezcan al compás de nuestros progresos; lo cual parece un contrasentido.

A. C.

EL DOLOR ABRE LOS OJOS

Me dijo así:

—¿Te maravillas del cambio de mi espíritu? También á mí me asombra. Tan mudado me encuentro que dudo hasta de la identidad de mi sér. Yo escéptico, yo descreído hasta poco há; siento ahora que la fé rebosa en mi corazón. ¿Que es milagro recobrar la fe perdida? Pues el milagro se ha hecho. Como peña era mi alma; hirióla el dolor con su vara de hierro, y al golpe duro brotó el raudal de las santas creencias.

Lo mismo que todos los hombres de mi tiempo, sentíame yo penetrado de la impiedad que se difundió, había cosa de veinticinco años, como epidemia mortal, sobre nuestra pobre España. Heraldos de malas nuevas vinieron hasta nosotros para decirnos con apariencias de sabiduria: «Vosotros y vuestros padres, y los padres de ellos, cuantos os arrodillais ó se han arrodillado ante la Cruz, han vivido ó vivís entre las sombras de la ignorancia. Nosotros, los sabios, hemos rasgado el velo tupido que ocultaba la verdad á los ojos de los hombres. El cielo está vacío: Dios ha muerto: desde la publicación de LA CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA el 21 de Enero del deísmo.»

Y fuimos todos tan insensatos, que acogimos con trasportes de júbilo «la buena nueva.» «Dios y la tisis—dijimos con cierto médico declamador—son nuestros enemigos.» y entonamos himnos y batimos palmas en celebración de la soberana independencia de nuestro espíritu... No nos contentamos con la república en la tierra, la quisimos también en el cielo. Yo fui de los independientes, me declaré espíritu fuerte, y voté, como tantos otros, el destronamiento de Dios... Algunas veces me asaltaban los recuerdos de la infancia y sentía la nostalgia de creer, y pensaba con melancólico deleite en el templo oscuro de mi ciudad querida y en la imagen de la Virgen á cuyas plantas postrado, había pedido yo en más de una ocasión, con lágrimas en los ojos y sollozos en la garganta, la salud de los seres amados de mi corazón. Pero estas pueriles remembranzas pasaban pronto. ¡La religión ¡bah! arrimo de espíritus fiacos y bordón de almas débiles!

Y menospreciándola, viví no sé cuánto tiempo. De pronto, y cuando más confiado estaba en mí mismo y cuando con mayor contentamiento saboreaba el placer de vivir, hé aquí «que un gran viento hirió las cuatro esquinas de mi casa y sepultó entre ruinas mi hogar y mi felicidad.» Como sobre Job, cayeron todas las calamidades, de suerte que las unas atropellaban á las otras; así vinieron sobre mí todas las desdichas. En mis brazos murió la mujer de mis amores; desvaneciéndose como puñado de ceniza barrido por el viento mi fortuna, sufrí desprecios, soporté humillaciones y hasta tuve que abandonar en noche triste mi patria y la casa de mis mayores. La mala suerte—que á ella y no a la Providencia atribuí yo mis malandanzas—dió tregua á mis rigores dejándome mi hija, débil sér en quien cifré todos mis anhelos y esperanzas, Y de igual modo que si fuera posible privar á un hombre de todos los sentidos menos del sentido del tacto, llegaría éste á adquirir delicadeza é intensidad asombrosas, así mi alma, despojada de todas sus ilusiones, sin religión, sin afectos, reconcentré todas sus fuerzas en el amor de mi hija: ella era mi fe, mi universo, mi Dios.

En los momentos en que más recios

eran los embates de la desgracia, encontraba yo consuelo á mi aflicción diciéndome á mí mismo: ¿Qué importa? «Lo que más humilla, lo que más envilece, todo, todo lo acepto con tal de conservar á mi lado á mi hija, único bien de mi existencia.» Te juro que por ella, sólo por ella, trabajaba furiosamente y hubiera arrastrado la deshonra y cometido crímenes ó realizado heroicidades. De todo me consideraba capaz. No sé cómo referirte las inefables ternuras que me hacían sentir sus caricias ni las inquietudes que me acongojaban cada vez que veía ó creía ver en sus ojos sombras de tristeza ó asomos de enfermedad. ¡Cuántas noches desperté sobresaltado por dolorosas pesadillas y acudí al lecho de mi hija, y contemplándola permanecí á su cabecera hasta el amanecer del nuevo día!...

Durante el tiempo que existió, ¡que existió! puedo decir con verdad, como decían los místicos, que viví sin vivir en mí, ¡Qué temores, qué esperanzas, qué presentimientos!... Y mis presentimientos se cumplieron. Mi hija murió: aquellos ojos, único cielo para mí, se nublaron para siempre, y aquellas manos cuyas caricias eran toda mi felicidad, inmóviles y heladas las besaron mis labios,

Detrás de su ataúd fui al cementerio, vi hundirse aquella gloria de mi existencia en el hoyo negro, sentí caer la tierra sobre aquel féretro que encerraba todas mis esperanzas, y loco, delirante, blasfemé, no con la palabra brutal que mancha los labios, sino con la cólera impotente que despedaza el corazón. ¡Qué vacío me pareció el mundo, qué desierta la vida!...

No sé cuántos días pasé presa de horrible desesperación, ni me es posible precisar las fases de mi tormento. Sólo puedo asegurarte que á fuerza de ahondar en la llaga implacable conseguí encontrar consuelo á mi dolor en el dolor mismo. Poco á poco fué levantándose en mi espíritu la fe que yo consideraba perdida. Dios mío, si todo termina en el sepulcro, mi hija adorada será carne dada á los gusanos, tierra confundida con la tierra de la sepultura: pero si hay un más allá, si después de la vida por este

mundo, las almas continúan sus amores comenzados en la tierra volveré á recrearme con el cariño de aquel sér que Dios me arrebató y disfrutaré de sus inmateriales caricias, alcanzaré la suprema felicidad... Cuando todos estos pensamientos, arrancados por el dolor, brotaron en la roca de mi corazón escéptico, inundóse mi sér de esperanza, y como Job, humillé mi frente y adoré á Dios... Yo no sé si esto será milagro, sólo sé que es verdad.

ZEDA.

Juana Jugan

La cosa tiene su principio en Saint-Servan. Hay allí una criada de servicio bretona, de cuarenta y siete años de edad, Juana Jugan; una obrera María Jamet; y un joven párraco de veinte y cinco años, el abate Lepailleur, sin fortuna alguna, sin relaciones de ninguna clase.

El corazón de estos tres seres humildes se conmovió de piedad, pensando en la triste condición de los pobres ancianos abandonados, pudriéndose en la suciedad física y moral, muriendo desesperados en un rincón; quisieron dar camas á estos parias y comenzaron por recoger á una anciana ciega, que agonizaba en un desvan.

Juana Jugan, cogió una gran cesta y salió á mendigar. Adivinad el esfuerzo que para esto tuvo que hacer, el estremecimiento de su corazón, la contracción del estómago en su primera salida; era una sirvienta que estaba bien considerada, que había servido en buenas casas, que se hacía mendiga en un pueblo pequeño donde todos la conocían, donde todos la miraban, al pasar, desde las puertas de sus casas. Era un espectáculo extraño el que ofrecían esas dos plebeyas asociadas á un humilde vicario, á quienes se les había metido en la cabeza la idea de recoger seres desvalidos, que por su aspecto repugnaban á las gentes acomodadas.

Saber arrostrar el respeto humano, es decir despreciarse, pisotearse á sí mismo, consentir en ser objeto de befa y oprobio—¡he aquí el heroísmo!

¿Dónde encontráis más sublime á Juana de Arco? ¿Es acaso ante los

muros de Orleans cuando enarbolando el estandarte de las flores de lis lanza á sus soldados al combate? Aquel día veía realizado su sueño, vestía su armadura de oro, era aclamada por las tropas y las conducía á la victoria. Para mí el momento en que Juana de Arco fué verdaderamente grande es aquel en que abandonó su aldea para ir á buscar á Baudricourt. Ved á esta sencilla pastora de ovejas, vestida pobremente de bayeta roja, llegándose á ese capitán, en un tiempo en que la profesión de las armas no era accesible sino á contadas personas, y decirle esta enormidad: «Yo soy la que debe hacer lo que no han podido hacer vuestros príncipes de sangre real, vuestros barones y vuestros caballeros, yo soy la que debe expulsar á los ingleses».

La Juguana, como familiarmente se le llamaba, era de la raza de Juana de Arco, una heroína á su manera; valiente mujer que fué recorriendo caminos, devorando kilómetros, andando de casa en casa, abrumada con el peso de las provisiones que llevaba á las buenas ancianas cuyo número había aumentado considerablemente. Poco después se atrevió á introducirse en las tribunas de los hipódromos de Saint-Malo y de Dinard. La primera vez tuvo un miedo del demonio; la frase es exacta, puesto que era el enemigo del género humano quien se lo sugería. Al pensar que tenía que acercarse á aquellas hermosas damas tan elegantemente vestidas, que llenaban las tribunas y á todos aquellos caballeros tan *chic*, que apuntaban sus gemelos á la pista de las carreras, se sintió desfallecer. Cogió con una mano el saco, que esta vez substituyó á su antigua cesta, estrechó con la otra mano el Crucifijo que colgaba de su rosario y sonriente y tranquila fué pidiendo de grupo en grupo.

Hoy después de cincuenta años transcurridos, el Instituto fundado por estas tres personas, que entre las tres no juntaban mil francos, se llama el de las *Hermanitas de los pobres* y posee ciento seis casas en Francia, cincuenta y una en España, veinte y nueve en Inglaterra, treinta en América, diez y seis en Italia, trece en Bélgica, cuatro en Africa, tres en Oceanía, una en Portugal, y una en Turquía. Los an-

cianos recogidos en estos asilos suman en este momento 33.132 y tienen para su servicio 4.475 Hermanitas.

Esta historia es una página de la Leyenda de oro, una página de la Vida de los Santos esta maravillosa y conmovedora historia, es también un capítulo de Economía política pero no de la economía política que se enseña en esas Academias obscenas donde ciertos modernos economistas celebran el culto impuro de Mammon.

Ved esos cientos de casas, esas camas con ropas, esos treinta mil desgraciados que comen. Todo esto es un resultado, un hecho material.

¿Se le ha robado á alguno algo para crear todo esto? ¿Quién es la persona que pueda decir que ha sido despojada de alguna cosa para que existan todas estas cosas que antes no existían? ¿Qué han pedido esas mendigas? Mendrugos de pan, sobras de platos á los burgueses, algunas legumbres que las verduleras de los mercados ofrecen con gusto á las Hermanitas de los pobres á quienes aman, y pequeñas ofrendas en dinero á los que pueden hacerlas y para los cuales es una alegría la limosna.

Tomad, por el contrario, esos *mil cuatrocientos millones* de francos del Panamá, y considerad lo que representan de sudores, no en el sentido metafórico, sino en el sentido real de la palabra, de economías hechas céntimo á céntimo, durante existencias enteras de jornales de obreros y de braceros del campo y de cordones de campanilla sacudidos por los porteros.

Estas sumas enormes no han servido para nada, han sido esterilizadas por el hálito envenenado del especulador judío. Estas sumas han enriquecido á los hebreos, á los intermediarios, á los agentes de publicidad, á los *maestros-cantores*, á los parásitos, á fulleros, á empresarios que jamás han emprendido cosa alguna, á ingenieros que nunca han vigilado á los empresarios, á quienes han ayudado á robar,

No queda ya de esta gigantesca filibustería cosa que valga lo que vale la más modesta de las trescientas casas que la Juguana ha hecho surgir de su cesta.

Las Juana Juguana y los Lepailleur pidieron á todos un poco de lo que les

fuera supérfluo para dar á los desheredados lo necesario. Los Judíos auxiliados por la masonería nos roban lo que nos es necesario para regalarse ellos con lo supérfluo.

Toda la Economía política contemporánea consiste en esto; lo cual explica el odio furioso que anima á las Logias masónicas y que les inspira proyectos de leyes fiscales como el de que actualmente se trata en Francia.

El nuevo impuesto proyectado de 30 céntimos por 100 del capital *bruto* es, en realidad, la intimación que se hace á estas Congregaciones para que abandonen en medio de la calle á todos los pobres que han recogido en sus asilos. El nuevo impuesto, en efecto, no tiene para nada en cuenta las cargas, grava todas las casas que sirven de refugio á los ancianos y á los enfermos, el material de hospicio, las camas la ropa blanca. En estas condiciones, es claro que estos establecimientos religiosos no pueden subsistir, puesto que se ven obligados á pagar por obrar el bien, y esto es un lujo que no se pueden permitir mucho tiempo.

¿Cómo se explica que los católicos sean absolutamente impotentes ante estas medidas monstruosas? ¿Cómo se explica que estas infamias fiscales, que este robo cometido á costa de los pobres que, en otros tiempos, hubiesen sublevado la conciencia de todos, dejen ahora indiferente la opinión pública?

Cuestión es esta digna de meditación y estudio.

Eduardo Drumont.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentando la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción 4 pesetas mensuales,
media id. 2 " "
Un cuarto id. 1 " "
Un octavo id. 0'50 "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.